

Apología de una mirada

MAGNOLIA RIVERA

La tenia avanza y chilla. Al pasar por la glorieta, miro el perfil de la calle. Mi vista se recuesta en los hombros de los tianguis, de las carpas incrustadas en el horizonte urbano. Rojos los toldos y verdes, se arremolinan, tercios en no dejar pasar nada, apenas la cresta de una escultura moderna que saca su cabeza de plata a punto de la asfixia.

Lombriz y cossis, el metrobús por fin engulle el tramo, apura el paso. Pegados al cristal de la ventanilla, mis ojos aún tienen espacio para ejercer con más ahínco el afán de mirar hacia afuera.

En el siguiente semáforo, en la próxima esquina, veo en la calle el maremagnum, la muchedumbre, la multitud curiosa con la vista atenta hacia adentro de un banco. Hay policías por todas partes, cámaras de televisión, gritos. ¿Será otro asalto? ¿El número tantos y tantos en lo que va del año? Observo el alboroto mientras los demás viajantes a mi alrededor van ocupados, atentos a sus propias vidas. La secretaria de uñas barnizadas y zapatos azules con moño, el hombre que habla y habla por el celular, la doble de María Callas, el muchacho de blanco, esas manos que se aferran al respaldo de un asiento, aquellas botas cafés abajo a la derecha, ese bostezo a mi izquierda, el ojo a través de tantos cuerpos. Todos van detrás de

la misma utopía: creen que existen, suponen que son. Me engaño, luego existo. No saben de la fugacidad, de la futilidad, de la falacia de lo que creen verdadero. Desconocen que son parte del juego banal, de la mentira.

La urbe más grande del mundo se abre a mi paso por la avenida Insurgentes, por esta ruta que corta a la ciudad de norte a sur, de sur a norte. La Insurgentes es la huella que deja una fiera navaja, herida que sangra a borbotones: manan de ella raudales de coches, camiones, motocicletas, de gente que va y que viene sin mirar lo que mira. Voy por esta larga avenida montada en el metrobús –gusano férreo, asno que lleva con parsimonia su carga. Voy, digo, por esta ruta, observando, si observar se llama este triste acto de ver lo inevitable.

En el camellón central, dos frondosas Venus morenas (así las quisiera Rodin: espontáneas, celulíticas, vivas, naturales) ostentan sus cuerpos sobre el pedestal improvisado de unas jardineras. Desnudas, pubis y senos ardiendo bajo el sol, estas dos mujeres de carne y de manteca intentan llamar la atención de aquel voyeur. Quieren que ese automovilista –sí, ése al que le urge llegar en cinco minutos a un destino que está a dos horas de distancia– voltee a verlas y lea la pancarta que levantan manos arriba. Bajo el ancho sombrero de paja que vuelve sombra sus rostros, quizás existan rostros, pero en este momento ellas no son más que el cuerpo y el letrero que muestran. Los que pasan ¿qué miran, si es que las miran? ¿Ven esas palabras del ahogo inconforme, del grito silente en letras rojas? (“¡Justicia!” “¡Queremos Justicia!” “¡Cárcel a los corruptos!”) ¿O ven esos triángulos, esas bocas cerra-

das de la negra pelusa y esas ubres inmensas?

Sísifo se baja en la próxima parada. Duda un segundo, se acomoda el sombrero y va de frente –andar que navega entre mismos andares, barco entre tantos del mar citadino. 🐉



Magnolia Rivera